

# Tiempo de utopías

## Un lugar que no existe

José H. Polo



Horizonte (Miguel Brunet)

### Utopía

El sol se quitaba de encima los sueños  
deslavazados y rotos de las nubes  
y subía, escalando el crepúsculo,  
derramando su luz despertadora y tibia.

Los hombres despertaban, soñolientos aún,  
y se iban incorporando al mundo cotidiano  
que les fingía novedades y sorpresas  
como señuelos para ocultar monotonías.

Pero todo era igual a los confusos *siempre*,  
vacías retornaban las repetidas horas,  
en apariencia, sin embargo, solo nuevas  
en virtud del olvido que las sumió en la nada.

Más tarde, cuando el día en su destino caiga  
(también es viejo y repetido su descenso),  
al declinar el sol, ya tramontano, hacia lo gris,  
otra vez la noche acudirá, embaucadora y bella.

Y volverá a dormirse en la quimera el hombre,  
enhiestas, vivas aún sus esperanzas falsas  
en la mañana en que, de veras, el despertar le brinde  
el hermoso milagro de una vida por fin libre y distinta.

Pero hay que seguir creyendo en la Utopía,  
que nunca deja de parecer que viene hacia nosotros  
aunque, engañosa, no acaba de llegar.  
Y, sin embargo, siempre enamorándonos.

El simple encuentro con la Utopía, con el utopismo, con ese creer que es posible cambiar el mundo, nos ilusiona.

Ese ilusionarnos con un lugar inexistente, ese sueño de siempre que imagina lo mejor, ya es motivo para provocar en nosotros una oleada de curiosidad teñida de simpatía. Sin ese creer que se puede cambiar el mundo, sin la redención de índole moral, social y política a la que se aspira, un espíritu profundo será infeliz. Y esto es así aun cuando tantas veces a la ilusión —es decir, a la esperanza— sobrevenga luego el desencanto. Este, el desencanto, nunca es definitivo. Siempre marcará el principio de una ilusión nueva, porque una cosa es el desencanto, antesala de otro encanto al llegar, y otra el sentimiento final de la derrota. Rechazar porque sí todo anhelo utópico con el pretexto de que nunca llegará a realizarse en su totalidad es como un suicidio prematuro, un vaciamiento completo, un sustituir lo hermoso quizás por un nunca jamás. Vivir escuchando siempre el “*never more*” del cuervo de Poe tiene que ser horroroso. Nunca los marinos creyeron que algún día alcanzarían la Estrella Polar, pero nunca prescindieron de considerarla su guía.

En el propio desencanto, como apunta Claudio Magris, existe el germen, más o menos oculto, de la esperanza. Nunca deja de existir la posibilidad de que se esconda en cualquier inesperado recoveco, para reaparecer de pronto impulsado por lo que, ciertamente, jamás dejará de ser real, pese a su esencia irreal: los sueños.

Quizás en el soñar esté la raíz de todo. El citado Magris dice, a mi juicio con lúcida exactitud, que “la utopía da sentido a la vida porque exige, contra toda verosimilitud, que la vida tenga un sentido”. Aunque añade que la utopía acaba por ser peligrosa si trata de violentar la realidad, confundiendo sueño con realidad o imponiéndola, no importa cómo, a los otros. Pero este es un problema distinto, de “praxis” subsiguiente. Nunca es buena la imposición.

Las grandes utopías son cosa de siempre. No comenzaron con el famoso libro de Tomás Moro ni cesaron con él. Recordemos *La República* de Platón; recordemos también *La ciudad de Dios*, de San Agustín, tan diferentes entre sí; pero es que las utopías no tienen por qué ser iguales ni perseguir los mismos fines concretos ni corresponden a un mismo tiempo, con sus circunstancias y planteamientos semejantes.

Sí, aparece en varias el rechazo de la propiedad, como compendio de males. Y sí, lo hace también la aversión al dinero: el oro no tiene para muchos utopistas ningún valor. Por eso, en contra de las utopías se agrupan siempre y seguirán haciéndolo los adoradores del oro, de la riqueza, de eso tan nefasto que se enmascara tras el concepto de la rentabilidad. Pero también hay cosas que ahora, pese a toda la degradación que abunda, no admitimos, como la esclavitud o la pena de muerte, al menos en términos generales de aceptación. Y aunque hoy gobierne el mundo aquella locura específica que lo hacía, a menudo para mal, a la cual elogiaba Erasmo, otro utópico de peso. Y tampoco creo que hoy pueda entusiasmaros aquella *Ciudad del Sol* de Campanella, contemporáneo de Tomás Moro y que propugnaba un Estado teocrático universal, en el cual la Iglesia católica, con el Papa al frente, habría de dominar todos los órdenes de la vida. Cuyo plano era muy hermoso, la verdad, con sus siete murallas en torno al templo del sol.

Tantas utopías y tantos lugares donde las fueron situando sus creadores. Porque lo eran asimismo aquellas *Ciudades invisibles* que Italo Calvino pone en labios de Marco Polo al ir las describiendo éste para halagar los oídos de su regio anfitrión, el Kublai Kan. Un montón de ellas, recorridas en sus famosos viajes: Dorotea, Kublai, Anastasia, Tamara, Zara, Despina, Zirna, Maurilia, Fedora, Zoe; muchas otras, todas retenidas en la memoria del veneciano zascandil. Aquellas semi-invenciones de Marco Polo describiendo al Kublai Kan tenían, al fin, una copiosa tradición literaria. Kublai Kan sorbía los detalles descritos por el urdidor viajero, indudablemente con agrado, aunque en determinado momento llegara a objetarle, se desprende que algo escamado, “¿por qué te solazas en fábulas consoladoras?”, presintiendo que muchos de los relatos de lugares y de circunstancias eran, en definitiva, meros consuelos...

En la copiosa Historia de los lugares utópicos, descuellan por su singularidad y por su cercanía en el tiempo, ya que corresponde al siglo XIX, el movimiento surgido en la isla griega de Icaria en el Ejeo del Norte, próxima a la

de Samos. Al fin, fue a ella adonde fue a caer, finalizando su utópico vuelo, Ícaro —de él le viene el nombre—, el hijo de Dédalo. No es ajeno el lugar a los sueños y a las dificultades de llevarlos a la realidad. Allí, los seguidores de un socialista francés, Étienne Cabot, crearon el movimiento icariano, que expandieron luego en varias comunas fundadas en los Estados Unidos, que fueron pronto desapareciendo una a una. Cabot, en la primera mitad del citado siglo XIX, había escrito una excelente *Historia de la Revolución Francesa*, antes de dar a luz su *Viaje a Icaria*, que desarrolla sus ideas. Hoy en la isla no queda rastro de todo aquello. Hasta el punto de que Lawrence Durrell, en su estupendo libro *Las islas griegas*, que hace años ya leí con tanto agrado, habla de la “ingrata y abrupta Icaria”, entre tantas otras tan hermosas y llenas hoy de vida. Y añade: “Escribir más sobre Icaria sería como intentar escribir el Padrenuestro en un penique”. En esto de escrituras miniatras otros empeños más arduos se han logrado. A no ser que Durrell se refiera al aspecto ideológico de la pérdida de tiempo.

“ Las grandes utopías son cosa de siempre. No comenzaron con el famoso libro de Tomás Moro ni cesaron con él. ”

Es curioso que los dos primeros libros con que comencé, a mis ocho años, a formar biblioteca fueron los dos primeros viajes de Gulliver, en sendos volúmenes ilustrados de la Editorial Sopena, que un tío mío me regaló con tal finalidad de estreno: *Viaje al país de los enanos* y *Viaje al país de los gigantes*. Es decir, a Lilibut y Blefuscu, en el primero, con Gulliver convertido en Quibus Flestrin, el Hombre Montaña, y, en el segundo, a Brobdingnag. Años después —guerra civil en medio— leería también los siguientes viajes: a Laputa, Balbibarbi, Lugguagg y otros sitios que tampoco existían, además de aquel fabuloso país de los Houyhnhnms, habitados por caballos. Todos ellos le sirvieron a Jonathan Swift para su crítica feroz de la vida de su Inglaterra y para urdir nuevas formas de colectividad más justa. Claro que a mí entonces me bastaba con la atracción del viaje y de la aventura en sí para despertar mi entusiasmo.

Se ve, por tanto, que lo utópico y yo nos llevamos bien desde el principio. Acaso los tres años de guerra civil —que tal fue y desmedida y cruel, pese a que mucho tiempo más tarde, aún no la podíamos llamar así— me predispusieron a ello. No olvidemos, finalmente, que no son las utopías las que fracasan: somos nosotros lo que fracasamos, asfixiados por los diversos poderes que siempre acaban impidiendo su triunfo, parcial al menos. Pero hay que seguir el camino que nos marcan los hermosos sueños; más, cuanto mayor sea la distancia que nos separe de ellos.